

cuando quiere conservar su divina religion en un pueblo, un reino ó una nacion.

Su Castigo.

Así fué que el Señor para corregir á este pueblo, que no queria abandonar, pasó de las amenazas á los castigos. Entregó al prevaricador Israel en manos de Chusan Rasatain, rey de Mesopotamia. Ocho años gimieron en la mas vergonzosa servidumbre unos hombres que habian nacido para mandar á reyes y obedecer solo á Dios. Nada nos dice el texto sagrado de lo que pasó entre Chusan y los Hebreos para venir estos á ser sus esclavos, y este silencio nos manifiesta que era el Señor quien armaba poderosos enemigos contra ellos para castigar sus delitos. A los ocho años de sus idolatrias se siguieron otros ocho de luto y llanto en la mas dura esclavitud. En este tiempo sus miserias y su vergonzoso estado les hicieron volver en sí mismos y conocer que habian sido desamparados de Dios, porque ellos habian desertado de sus divinas banderas, y los habia entregado á tan pesados castigos porque habian sido infieles á sus promesas y juramentos. Reconocieron su culpa, detestaron su prevaricacion, se volvieron al Señor y clamaron con un corazon contrito y humillado el perdon de su desercion. Entonces el Señor, que solo queria ver arrepentido y enmendado á su pueblo, le envió el primer juez de Israel para que le librase de su cautiverio sacándolo del poder de Chusan, su tirano.

Los libertadores y gobernadores de Israel, á quienes se da el nombre de *jueces*, eran unos hombres que enviaba el Señor, ó se elegia ó recibia el pueblo en ciertas circunstancias para que le sacasen del poder de sus enemigos, ó le librasen de caer en él, y tambien para que le gobernasen. La forma de gobiernó que Moisés, de órden del Señor, habia dado al pueblo de Israel no nece-

sitaba de estòs jueces, y solo sus extravíos eran los que les hacian necesarios. Cada tribu en particular tenia sus ancianos, sus cabezas de familias y sus magistrados que la gobernasen; y la nacion en general tenia sus sacerdotes, su pontífice, sus leyes santas por regla, y su Dios por monarca. Tal era la forma de gobierno del pueblo de Dios. Por ella se habia dirigido desde que murió Josué en un buen número de años, y si los hijos de Israel no hubieran abusado de la libertad que disfrutaban en esta monarquía divina, habrian sido siempre felices. Gobernados y protegidos por un Monarca omnipotente é infinitamente bueno y sábio, nunca habrian tenido necesidad de estos jueces ó enviados extraordinarios, cuya historia vamos á principiar.

HISTORIA DE LOS JUECES DE ISRAEL.

Esta no se hallará siempre tejida de gran número de sucesos, tal vez una sola batalla incluye toda la historia de un juez, y tal vez se halla reducida á estas precisas noticias: El pueblo prevaricó, fué castigado con la opresion, se reconoció, Dios se apiadó de él, le envió un juez ó libertador que le sacó de ella y en su muerte le dejó en paz: pero tambien hay casos en que esta historia es rica y abundante en sucesos extraordinarios, y siempre en instrucciones saludables.

Su autoridad.

Un juez en Israel no era un rey ni tampoco un mero general. Tenia autoridad para formar ejército, mandar las armas y hacer la paz ó la guerra. Esta autoridad no

se limitaba al ramo militar, era además el juez de las diferencias, el protector de la religion y las leyes y el vengador de las infidelidades; pero no tenia facultad para dar nuevos reglamentos á Israel, ni derecho al trono, ni elegir sucesor de su sangre, ni de la ajena. Mientras duraba su judicatura era el primero y mas distinguido en Israel, pero no era su rey ni su monarca; porque su rey y su monarca era Dios. La familia de un juez de Israel, despues de su muerte, no salia del estado en que se hallaba al tiempo de su elevacion, y toda su autoridad desaparecia con su persona. El poder de estos jueces duraba tanto como su vida, y su puesto regularmente no se ocupaba luego que llegaba á vacar. La eleccion era de Dios, mas que del pueblo. Algunos jueces fueron honrados con una vocacion señalada con prodigios, y todos tuvieron de ella pruebas bastante sencillas para hacerla incontestable. Casi siempre la concedia el Señor á varones respetables por sus antecedentes, como lo fué el fiel Israelita de cuya breve historia vamos á ocuparnos.

OTONIEL, PRIMER JUEZ.

Era de la tribu de Judá, hijo de Genez, hermano menor de Caleb. Era aquel famoso Otoniel que asaltó y destruyó la ciudad de Dabir y mereció en premio de su valor la mano de Axa, hija de Caleb y su prima carnal. El Señor, que ya en esta ocasion habia dado á entender que tenia designios particulares sobre Otoniel, derramó ahora en su alma el espíritu de sabiduría y fortaleza y le dió á Israel por libertador de la esclavitud en que le tenia Chusan Rafatain, rey de Siria. El valiente Otoniel salió contra él á campaña, le acometió, le batió, le derrotó, y el Señor le puso en sus manos. Con la muerte de Chusan recobró Israel su libertad y sirvió fielmente al Señor todo el tiempo de Otoniel. La tierra quedó en paz cuando murió este primer libertador de la primera esclavitud

que sufrieron los hijos de Israel en la tierra prometida en castigo de su primera idolatría.

Segunda idolatría.

No se puede señalar fijamente el tiempo que los Israelitas gozaron de esta libertad; pero se puede asegurar que fué tanto cuanto duró su fidelidad. Mas al fin desapareció esta de Israel. Volvieron á hacer lo malo delante del Señor. Se entregaron de nuevo á la idolatría, y el Señor dió fuerzas contra ellos á Eglon, rey de Moab, porque Israel habia hecho lo malo en su divina presencia. Tenia el Señor guardados, por decirlo así, en las cercanías de la Palestina, vengadores de su gloria; y cuantos vecinos rodeaban á Israel eran otros tantos látigos que tenia en su divina mano para castigar sus rebeldías. Cuando Israel era fiel, el Señor enfrenaba á sus enemigos; pero cuando este pueblo inconstante é ingrato volvía á sus prevaricaciones, el Señor soltaba el freno y dejaba cargar sobre Israel el peso de sus terribles vecinos.

Su castigo.

Eglon, rey de los Moabitas y sucesor de aquel perverso Balac que por consejo del malvado Balaan hizo caer á los hijos de Israel en los lazos de las hijas de Madian y en la idolatría de Beelfegor, se unió á los Amonitas descendientes de Amon, primo hermano de Moab, con los dobles lazos del interés y la sangre y con igual deseo de destruir ó á lo menos dominar á los Israelitas. Tambien se coligaron con estos enemigos los Amalecitas, descendientes de Amalec, nieto de Esaú, enemigos constantes de los hijos de Israel desde las disensiones de Esaú con su hermano Jacob. Eglon fué quien se puso á la cabeza de esta reunion de enemigos. Nada habria im-

portado esta conjura al pueblo de Dios, como no importó á Josué la de los Cananeos, si hubiera tenido á Dios contento como le tenía Josué; pero este pueblo infiel habia vuelto á sus prevaricaciones, habia enojado al Señor, se hallaba sin su proteccion, y cualquier enemigo podia atacarle sin riesgo y vencerle con facilidad. Eglon al frente de las tropas confederadas le derrotó en el primer encuentro, le hizo tributario, y le redujo á la servidumbre por diez y ocho años, agravando el Señor los castigos al paso que se aumentaban los delitos. La primera esclavitud duró ocho años y esta segunda diez y ocho, y sobre larga fué dura y llena de oprobio, porque solo el embrutecimiento á que habian reducido á Israel sus idolatrías, podia hacerle soportable el yugo de aquellos reyes infieles á quienes habia aterrado el solo nombre de Israel hacia pocos años: pero ellos estaban tan sumergidos en sus abominaciones que apenas bastaron diez y ocho años para que tratasen de salir de tan vergonzosa humillacion y volviesen su corazon al Señor, de quien le habian apartado y por cuya causa habian sido desamparados y dejados á las manos de sus enemigos. Al fin renunciaron á la infame idolatria y rogaron al Señor que les mirase con piedad, mas era necesaria su inagotable misericordia para oír unos ruegos que no nacia sino del seno de la opresion y del castigo; pero admiremos y adoremos aquí una piedad infinita y una misericordia que no tiene límites como la del hombre.

AOD, SEGUNDO JUEZ.

El Señor recibió el arrepentimiento y la enmienda de su pueblo y le concedió otro salvador, como Otoniel, que le sacase de las manos de sus enemigos. Este fué Aod, hombre valeroso y sobre todo fiel Israelita. Era de la tribu de Benjamin, descendiente del amado Benjamin por Gera y cuarto hijo de este patriarca. Aod era *ambidestro*, es

decir, que usaba de ambas manos con igual fuerza y destreza, y esto lo advierte el texto sagrado, porque contribuyó en algun modo al éxito de su arriesgada empresa.

Desde que se aceptaron las vergonzosas condiciones que los idolátras quisieron poner al pueblo de Dios, se enviaba todos los años á Eglon una comision que le presentase los *tributos* convenidos; y á fin de evitar este nombre tan odioso y depresivo para el pueblo de Israel, los llamaban *presentes* ó *regalos*. Aod fué este año al frente de la comision; pero antes de emprender el viaje, se hizo una pequeña daga de dos cortes con su empuñadura, y se la ciñó bajo del vestido sobre el muslo derecho para mayor disimulo. Con esta prevencion salió Aod de la tierra de Israel al frente de la comision, y se dirigió á la corte de Eglon en la tierra de Moab. Presentó sus regalos al rey, y se volvió con sus compañeros á la tierra de Israel.

Nada hizo en esta ocasion para la libertad de su pueblo, á pesar de ir ya prevenido con el acero que le habia de sacar de la esclavitud; fuese esto porque no se le presentase la oportunidad, fuese porque no se hallase con todo el corazon que necesitaba la arriesgadísima accion que meditaba; ó mas bien porque el Señor que gobernaba sus pasos, no quisiese permitir el golpe en aquel lance. Lo cierto es que Aod se volvió sin hacer nada. Mas luego que llegó á Gálgala, despidió á sus compañeros y se quedó en aquel punto. Era Gálgala el lugar mas á propósito para inflamar su celo y fortalecer su corazon. Allí habia estado por espacio de seis años el arca del Señor en medio de un pueblo fiel, y allí veia ahora los ídolos de Moab colocados por Eglon para escandalizar y hacer que idolatrasen los hijos de Israel. Gálgala habia sido de donde el valiente Josué habia salido en el discurso de los mismos seis años á destruir á los idolátras y la idolatria en el interior de la tierra de Canaan, y ahora era el centro donde se acudia á adorar

los ídolos. Las piedras que Josué había mandado sacar, por orden del Señor, de lo hondo del Jordán, y fijar en Gálgala para testigos de los prodigios del Señor y de la fidelidad de su pueblo, eran ahora testigos de los ídolos y de las mas infames idolatrías. Nada podía inflamar mas el celo de un verdadero Israelita. Aod se dejó penetrar profundamente de estos sentimientos, y no pudo sufrir que se ultrajase por mas tiempo la gloria del Señor por el tirano de su pueblo.

Volvió á tomar el camino de la corte de Eglon y se presentó otra vez al rey. Tengo, le dijo, un secreto que comunicaros; y habiendo salido todos los que estaban con él, se entraron en su cámara. Era Eglon demasiado grueso, y se sentó para oír el secreto. Aod aquí levantó sus ojos al cielo, por cuyo impulso obraba, pidiendo valor. Tengo, dijo á Eglon, una palabra que anunciaros de parte de Dios. Eglon se levantó, y Aod sacando la daga que traía oculta al muslo derecho, la clavó con la mano izquierda en el vientre de Eglon con tanta fuerza que hierro y empuñadura quedaron dentro. Aon cerró bien las puertas de la cámara, echó las llaves, y salió por un postigo. Esta accion tan arrojada y valerosa de Aod sería un regicidio si Aod no hubiera procedido por orden del Señor, dueño de todas las vidas y de todos los tiranos, á quienes sufre ó extermina segun las miras de sus adorables designios.

Mientras que Aod se alejaba del palacio, los criados de Eglon se acercaron á la puerta de su cámara, y hallándola cerrada, dijeron: Acaso está ocupado en sus necesidades naturales. Esperaron mucho tiempo hasta que llegó á pesarles de haber esperado tanto, y entonces forzaron las llaves y hallaron á su amo muerto. Entretanto Aod tuvo tiempo para pasar el Jordán y llegar hasta la ciudad de Seirat en el monte de Efrain. Mandó tocar la trompeta de guerra, y como ya estaban prevenidos los valientes de Efrain y demás Israelitas de los contornos, luego rodearon á Aod su libertador, quien

puesto á su frente, les dijo: Seguidme, porque el Señor ha entregado en nuestras manos á los Moabitas nuestros enemigos. Ellos siguieron con un ardor extraordinario á su libertador, tomaron los vados del Jordán por donde se pasa á Moab y á nadie dejaron vadearle. A pesar de esto encontraron á la otra parte del rio un cuerpo de ejército compuesto de cerca de diez mil hombres, todos fuertes y robustos, con quienes tuvieron que pelear; pero el Señor los habia entregado en sus manos, y luego les derrotaron y pasaron á filo de espada sin que se escapase ni uno solo.

En este día quedó humillado Moab bajo la mano de Israel, y ni Moab ni sus coligados los Amonitas y Madianitas trataron ya de emprender cosa alguna contra Israel, viéndole reconciliado con su Dios. Aod gobernó por largo tiempo á Israel, y los Israelitas fueron fieles al Señor y gozaron de la paz y del reposo todo el tiempo de su gobierno. En su preciosa muerte continuaban los Israelitas siendo fieles al Señor y disfrutando de la misma paz.

SAMGAR, TERCER JUEZ.

Al valiente Aod, segundo juez de Israel, siguió Samgar, hijo de Anat. Se ignoran su edad, su profesion, sus circunstancias y hasta la tribu á que pertenecía, y solamente se sabe que defendió á Israel como Aod, y que mató con una reja de arado seiscientos Filisteos que eran los enemigos que tenia Israel al lado del poniente, como lo eran los Moabitas, Amonitas y Madianitas al lado del oriente. Una accion tan extraordinaria y asombrosa fué obrada por aquella fuerza omnipotente que asistió después á Sanson para matar otros mil Filisteos con la quijada de un asno. Ninguna otra noticia nos dan los Libros santos de este tercer juez de Israel.

Tercera idolatría.

Después de su muerte los Israelitas volvieron á hacer lo malo delante del Señor. Volvieron á sus idolatrías, y el Señor los entregó en manos de Jabin, rey de Canaan. Ninguna dominación mas vergonzosa y llena de oprobio para los hijos de Israel que la de un rey cananeo, pero ninguna mas justa ni mas propia para confundir su orgullo y castigar sus prevaricaciones. Ellos, contra el mandato del Señor, habian dejado con vida á los Cananeos, y los Cananeos fueron los tiranos que vinieron á esclavizarlos. Sin duda era ignominiosa ignominia para la sangre de Jacob ser dominada por la sangre de Canaan, y para los descendientes de Sem venir á ser los esclavos de la descendencia de Cam; pero ellos se tenian la culpa y de nadie podian quejarse. Con haber exterminado los Cananeos como les mandó el Señor, se habrian librado de este oprobio. Cuando Josué conquistaba la tierra de Canaan, Jabin, rey de Asor, era acaso el mas poderoso de toda la Palestina. Josué le derrotó, tomó á Asor su corte, la quemó y destruyó las principales ciudades del reino. Jabin y su ejército fué pasado al filo de espada, y quedó tan poco que hacer para acabar con los Cananeos en la parte del norte, como en las demás en que habia hecho la guerra en general. Solo faltaba á los Israelitas una voluntad resuelta y constante para acabar con todos los Cananeos; pero faltó esta voluntad, y aquí estuvo la desgracia de los hijos de Israel. Moisés les habia exhortado con la mayor vehemencia á que no dejasen con vida ni un solo Cananeo, como mandaba el Señor, y les dijo que si no lo hacian, los Cananeos serian como clavos en sus ojos y lanzas en sus costados, y esto se vino á verificar en este cautiverio.

Su castigo.

Asor fué reedificada, y Jabin, descendiente de aquel otro Jabin á quien quitó la vida Josué, reinaba ya en ella por la falsa compasión de Israel. Los Cananeos de todos los puntos de la tierra prometida hicieron causa comun con Jabin contra Israel, y Jabin llegó á tener un ejército numeroso y novecientos de aquellos carros armados de hoces, que tanto temian los infieles y cobardes Israelitas. Jabin, viéndose tan poderoso, se atrevió á tomar el título de rey de Canaan, es decir, rey de la tierra prometida y poseída ya por los descendientes de Abraham, y trató de reconquistarla. Tenia un general famoso por su destreza en la guerra, y muy á propósito para hacerla contra el pueblo de Dios por el odio implacable que le tenia. Se llamaba Sisara, y merecia toda la confianza de su amo. No vino la desdicha á los Israelitas ni por el poder de Jabin, ni por la destreza y odio de su general, sino porque se hallaban en desgracia de Dios y desamparados de su protección. Así es que fueron vencidos, ó por mejor decir, subyugados por Jabin, sin combate, ni batalla, porque en ninguna parte leemos que se defendiesen, ni que hiciesen resistencia al ponerles las cadenas de la esclavitud. Sin duda el temor de los novecientos carros armados les hizo renunciar desde luego el derecho de soberanía que tenian sobre los Cananeos, y entregarle á estos idólatras, quedando reducidos á la clase de esclavos de aquellos mismos esclavos de quienes eran señores. ¡Qué ignominia para los primogénitos de Sem y la descendencia de Abraham! Pero la brutal idolatría con todo se acomodaba. La esclavitud á que quedaron reducidos fué sin comparación mas ignominiosa que las anteriores, y el tiempo mas prolongado. La primera que sufrieron en la tierra de promisión duró ocho años, la segunda diez y ocho, y esta les deshonró por veinte años enteros.

DÉBORA CON BARAC, CUARTO JUEZ.

Hasta despues de una esclavitud tan prolongada é ignominiosa los Israelitas no se volvieron, ni clamaron al Señor con aquel corazon contrito y humillado que nunca desprecia. Es verdad que había un buen número de Israelitas fieles que pedian con fervor la libertad de su pueblo, pero la generalidad de la nacion aun no la merecia. Sin embargo, el Señor iba dejando entrever algunos rayos de esperanza. Una mujer habia de ser en esta ocasion el instrumento principal de la salud de su pueblo. Era esta la célebre Débora, de la tribu de Efrain, mujer de Lapidot y profetisa en Israel. El Señor la habia comunicado con el don de profecía el de consejo, y establecido juez de Israel. Aun no habian vuelto enteramente los Israelitas de sus prevaricaciones, cuando ya Débora los juzgaba bajo de una palma que habia entre Rama y Betel, y que se llamó despues *palma de Débora*. Cuando llegó el tiempo en que el Señor quiso librar á su pueblo ya reconocido, Débora inspirada del Señor, envió á llamar á Barac, hijo de Abinoen, vecino de la ciudad de Cedes, de la tribu de Neptalí, y le dijo: El Señor, Dios de Israel, ha mandado que lleses al monte Tabor un ejército de diez mil combatientes tomados de los hijos de las tribus de Neptalí y Zabulon (y ha dicho) que él llevará por el torrente Cison (que se despeña por el lado meridional del Tabor) á Sísara, general del ejército de Jabin y sus carros y toda su gente y los pondrá en tu mano. Barac, de cuya virtud hace la sagrada Escritura grandes elogios, no desconfió de la palabra del Señor, pero temió su flaqueza y dijo á Débora: Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, yo no iré. Está bien, respondió Débora: iré contigo; mas esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque en mano de una mujer (Jahel) será entregado Sísara. Levantóse, pues, Débora y partió con Barac á Cedes. Llamados Zabulon

y Neptalí subió acompañado de Débora con diez mil combatientes. Supo Sísara que Barac habia subido al monte Tabor, y juntó sus novecientos carros armados de hoces y todo su ejército y se encaminó al torrente de Cison. Entonces dijo Débora á Barac: Anda, este es el dia en que el Señor ha puesto á Sísara en tus manos. Mira que el Señor es tu guía. Bajó, pues, Barac del monte Tabor y con él los diez mil combatientes; en este momento el Señor llenó de terror á Sísara, y ya no pudo sufrir ni aun la vista de Barac, llegando á tanto su pavor, que saltó de su carroza y se entregó á la huida, corriendo á pié cuanto alcanzaba su ligereza y sus fuerzas. Los novecientos carros y aquel espantoso ejército todo se desordenó, todo se trastornó, y Barac cargó con todo el ímpetu de sus enardecidas tropas á sus enemigos y les fué acuchillando hasta Haroset, y toda la multitud perció hasta no quedar ni uno.

Jahel.

Sísara llegó huyendo á la tienda de Jahel, mujer de Haber, Cineo, descendiente de aquellos apreciables Cineos, hijos de Hobab, cuñado de Moisés, á los que habia introducido Josué con los hijos de Israel en la tierra prometida. Esta familia Cinea vivia bajo de pabellones en la campiña, léjos del comercio de las ciudades, bien fuese por evitar el contagio de estas, ó bien por imitar el modo de los antiguos patriarcas que vivian bajo de pabellones en el campo. La Cinea Jahel salió al encuentro del general de Jabin, con quien vivia en paz su familia, y le dijo: Entrad acá, señor mio. Entrad y no temais. Sísara entró en la tienda, y despues que ella le cubrió con un manto, la dijo Sísara: Dame, te ruego, un poco de agua, porque tengo fuerte sed. Ella abrió un odre ó vasija de leche, le dió de beber y volvió á cubrirle. Ponte á la puerta de la tienda, la dijo Sísara,

y si alguno te preguntare diciendo : ¿ Hay aquí alguno ? responderás : No hay ninguno. Hasta aquí Jahel pudo proceder guiada de la caridad para con un afligido , y de la paz que habia entre el rey Jabin y su marido Haber ; pero el general , cansado de la huida y refrigerado con la leche , se durmió profundamente , y aquí entró Jahel . Consideraba en sus manos al mas encarnizado enemigo de su religion , y los daños que aun podria hacer este enemigo de Dios al pueblo del Señor , y tenia presente que era un Cananeo , condenado como tal al exterminio fulminado por Dios contra todos los Cananeos ; por otra parte , aunque se hallaba sola , se sentia con bastante valor para quitar la vida á un general enemigo . El Señor , que queria humillar al soberbio Jabin privándole de su general por mano de una mujer , y hacer conocer á Barac sus asomos de cobardía , dando tambien cumplimiento á la profecía de Débora , llenó á Jahel de valor en este lance . Arranca esta Cinea uno de los gruesos clavos de que estaba colgada su tienda , toma un martillo , aplica á la sien de Sisara el terrible hierro y da sobre él tan valiente martillada que no solo pasa de parte á parte la cabeza del general , sino que se clava en la tierra y Sisara queda cosido con ella .

Mas hé aquí que Barac venia en seguimiento de Sisara ; pero Jahel el fué al encuentro para darle una noticia , que si le era en gran manera interesante y gustosa , no dejaba de reprender el miedo de no haberse atrevido á combatir los enemigos de Dios sin la compañía de una mujer , viéndose superado por otra . Ven , le dijo Jahel , yo te presentaré el hombre que buscas ; y habiendo entrado Barac en la tienda de Jahel , vió á Sisara tendido , muerto y con el clavo atravesado por las sienes . Este espectáculo fué imponente , admirable y agradable al mismo tiempo para Barac , quien reconoció el poder del Señor en la debilidad de una mujer , adoró sus incomprendibles juicios sobre los hijos de los hombres y bendijo sus inagotables bondades para con su pueblo .

Cántico de Débora .

Una victoria , por decirlo así , toda divina debia ser celebrada con trasportes de alegría ; y en efecto , lo fué en medio de las tropas que cubrian la campiña y rodeaban á su piadoso general . Débora , profetisa del Señor , compuso en el colmo de su gozo un sublime cántico de acción de gracias á imitacion del que habia compuesto Moises despues del paso del mar Rojo , y fué cantado en dos coros como aquel . Débora , Jahel y las mujeres que concurrieron á celebrar la victoria formaban uno y cantaban á su vez , y Barac con sus soldados formaban otro y contestaban en su turno . Este modo de celebrar la victoria y rendir á Dios las gracias era encantador y enajenante , y no lo era menos el cántico en sí mismo . Á pesar de lo mucho que pierden los originales en el traslado á otra lengua , y mucho mas todavia en la reduccion de verso á prosa , este cántico está lleno de las bellezas de una poesia santa y en todo él resplandece aquel fuego divino que brilla en los escritos de los profetas . En él se ven las alabanzas del Dios de los ejércitos , unidas á las mas vivas expresiones de agradecimiento del pueblo de Israel , los elogios del general Barac , con los de la valerosa Jahel , y los tiernos afectos de Débora para con su pueblo , de quien se llama aquí madre . Así esta prudente y virtuosa hija de Israel trasladó á la memoria de la posteridad las maravillas de la diestra del Señor en el cántico con que se celebró tan insigne victoria en este día .

Concluida una accion de gracias tan agradable al Señor y de tanta alegría para el pueblo , el ejército , sin desunirse , continuó la guerra contra Jabin , y el Señor humilló al rey cananeo delante de los hijos de Israel . Cada dia se aumentaba el ejército . De todas las tribus acudian Israelitas á hacer la causa comun , y las tropas de Barac , cada vez mas numerosas , cargaban á Jabin y

sus Cananeos con tanto brio y constancia que al fin lograron exterminarlos. Barac aquí no hizo sino imitar á Josué, cumpliendo con el precepto del Señor, de acabar con la descendencia de Canaan. Los Cananeos que quedaban esparcidos en los otros puntos de la tierra de Israel, no pensaron ya en reunirse á vista de este mortal golpe, y aunque sus idolatrías fueron siempre un escándalo para los Israelitas, nunca volvieron á tratar de hacerles la guerra; pero inútilmente se exterminaban de la Palestina los hijos de Canaan, si los hijos de Israel les sustituían en el espíritu de la idolatría. No se podía agotar entre ellos este venenoso manantial de manera que no se estuviese siempre en riesgo de volver á verle brotar. La vigilancia de Barac y Débora suspendió el curso de esta corriente venenosa por espacio de veinte años que ellos vivieron después de restablecido el culto del Señor y la libertad de Israel; pero ambos, por desgracia, murieron en este tiempo, esto es, cuarenta años después de la muerte de Aod y Samgar sus predecesores en la judicatura.

Nuevas idolatrías y nuevos castigos.

La muerte de Barac y Débora, de estos dos héroes de Israel, fué el término de la felicidad del pueblo y el principio de nuevas idolatrías y de nuevos castigos. Volvieron los Israelitas á sus prevaricaciones, y la ira del Señor volvió á castigar sus nuevos delitos. Hicieron los hijos de Israel, dice el sagrado texto, lo malo delante del Señor, y el Señor los entregó en manos de Madian por siete años. Este castigo fué en cierto modo más terrible que los anteriores. Estos enemigos no les daban batallas, mas no por eso dejaban de perder la vida cuantos habían á sus manos. No les imponían tributos, pero les quitaban los alimentos. No daban decretos que les privasen de su libertad, pero les privaban del reposo y de los bienes hasta hacerles morir de hambre. Cuando los Israelitas habían

hecho sus sementeras y los sembrados estaban en su lozanía, subían los Madianitas y los Amalecitas y las demás naciones de oriente y sentando sus tiendas en las tierras de Israel, todo lo talaban hasta llegar á Gaza que estaba en el occidente, y nada dejaban á los Israelitas de lo que es necesario para la vida; ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, porque todo se lo arrebataban; ni frutos de la tierra, ni pan, ni vino, ni legumbres, porque venían con todos sus ganados y á manera de nubes de langostas lo cubrían todo y todo lo devoraban, dejando desolados los campos donde tocaban. Los hombres y camellos eran, dice la santa Escritura, una multitud innumerable. Israel fué en extremo humillado delante de Madian, y como estaba desamparado de la protección del Señor por sus idolatrías, en nada podía resistir, y se vió precisado á huir á los montes, á hacer grutas y cavernas en ellos, y á fortificar las alturas para poder vivir. Lo más terrible era que todas las primaveras volvían los enemigos á hacer sus irrupciones y á representar la misma tragedia. No se sabe cómo pudieron vivir siete años sin cosechas, sin ganados y sin otros alimentos que los que podían ocultar á la rapacidad de unos enemigos que por su multitud todo lo ocupaban y de todo se apoderaban, sin retirarse hasta concluir con cuanto había en el país.

Los hijos de Israel, reducidos á la última miseria, se reconocieron al fin, y clamaron al Señor pidiendo misericordia y auxilio contra sus terribles enemigos, y el Señor les envió un profeta que presentándose á la multitud, exclamó: Esto dice el Señor, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto y os saqué de la casa de la servidumbre. Yo os libré del poder de los Egipcios y de todos los enemigos que os maltrataban, y los arrojé á vuestra entrada y os entregué su tierra y os dije: Yo el Señor, Dios vuestro; no temáis á los dioses de los Amorreos, en cuya presencia habitáis, y no quisisteis oír mi voz. No pasó más adelante, ni sabemos más de este profeta; pero esta reconvención, que hizo á Israel de su ingratitud, le